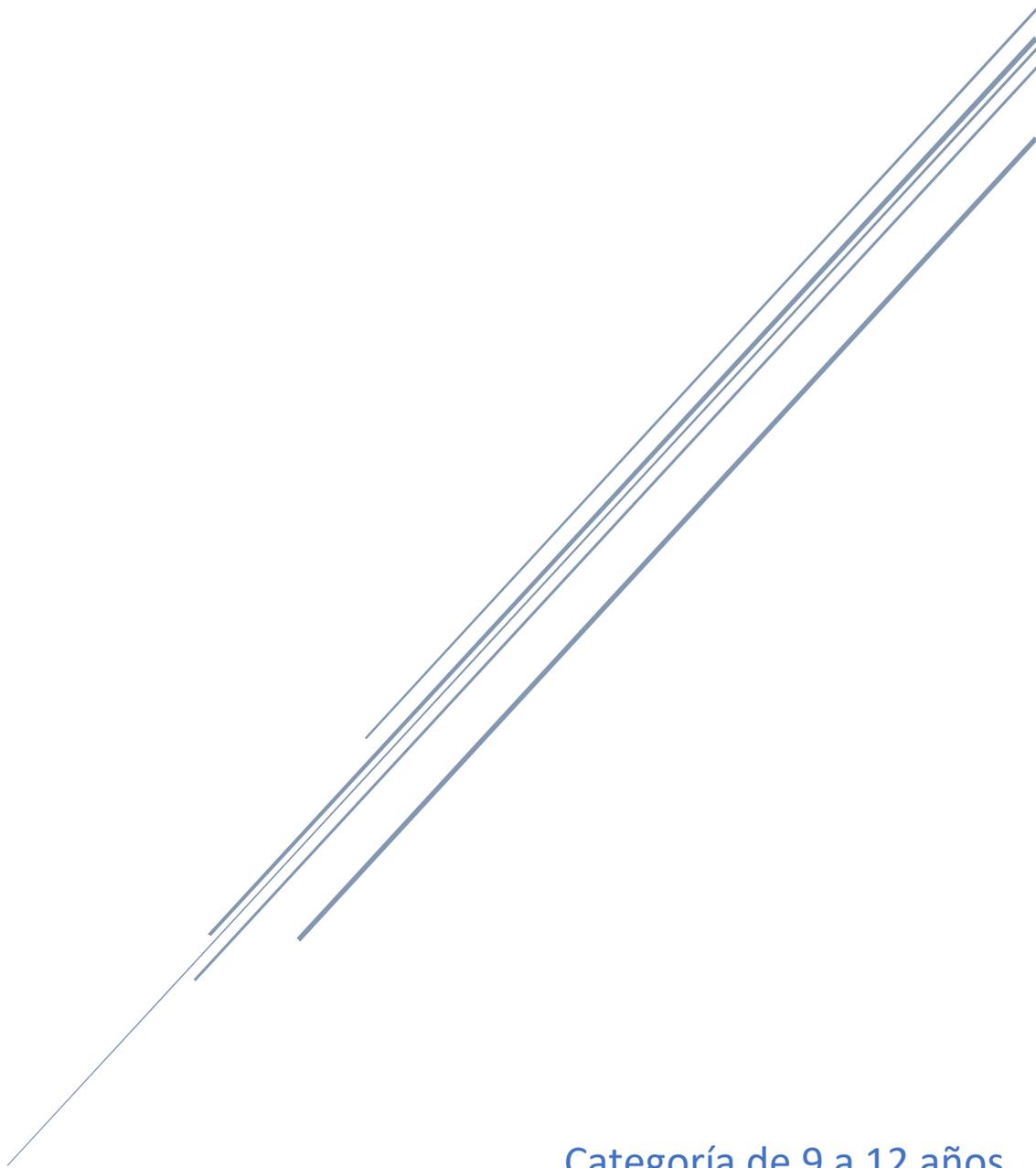


# EL CUADRO SECRETO DE GOYA

María Longás



Categoría de 9 a 12 años

1<sup>er</sup> premio *del V* Concurso de relato breve del Museo de Zaragoza (2016)

# EL CUADRO SECRETO DE GOYA

Soy Dolores... ¡Llamadme Lola por favor! No sé en que estaban pensando mis padres para ponerme ese nombre, tengo 12 años y vivo en Fuendetodos ¡sí, en el pueblo de Goya! Y gracias a él corrí la aventura de mi vida ¡os la voy a contar!

Este verano un día de Julio me levanté un poco más temprano de lo habitual, mi sonrisa mañanera cambió al bajar las escaleras y escuchar la conversación de mis padres, me impresionó ver las lágrimas de mi madre y deduje que la conversación tenía que ser horrible pues nunca había visto a mi madre llorar, así que arrimé mi oreja a la puerta de la cocina y escuche la conversación. Efectivamente la conversación era de lo peor, el banco amenazaba con quitarnos la casa si no pagábamos la hipoteca, como ya no quería seguir escuchando más tragedias bajé corriendo al jardín y desaté mi furia excavando, esa solía ser mi forma de desahogarme. Parecía que últimamente lo había hecho muy a menudo pues había un agujero considerable.

Cuando en el hueco que hay entre la uña y el dedo ya no cabía más tierra decidí parar y me quedé asombrada del pedazo agujero que llevaba. Fijé la vista hacía el fondo y me llevé un susto tan grande que mi subconsciente me arrastró hasta caer dentro del montón de tierra. En el fondo del agujero había un retrato del hombre más feo que he visto en mi vida. Cuando pude sacar mi cara de entre la tierra bajé corriendo a buscarlo, es curioso las cosas que puedes llegar a pensar con el cerebro cubierto de tierra pues encontré la salvación de mi casa. Siempre me habían dicho que allí había vivido una tía de Goya y aunque el señor era muy feo el cuadro no podía estar mejor pintado, miré en la esquina inferior derecha y efectivamente estaba la firma de Goya, el plan era fácil, ir al museo de Fuendetodos, vender el cuadro por el que me darían el dinero suficiente para pagar la hipoteca y un apartamento en Ibiza. Así lo hice sin avisar a mis padres, pues quería darles la sorpresa.

La sorpresa me la llevé yo cuando el presidente del museo no me dejó pasar ni por mi casa a por ropa y me llevó directa al reformatorio acusada de chantaje y no sé de cuantas cosas más.

Una vez instalada en mi nueva casa de verano pronto conocí a dos nuevos amigos, Dani y Koke, dos hermanos la mar de traviosos encerrados ahí por haber pintado bigote a la estatua de Agustina de Aragón en Zaragoza.

Les conté todo lo que me había pasado y se comprometieron en ayudarme aunque yo no estaba tan segura de que ellos, con esa cara de poco estudiosos, supieran siquiera quien era Goya pero bueno, era eso o nada.

A la mañana siguiente fuimos directos a la biblioteca y nos pusimos a investigar sobre la obra de Goya. Todo era lo que yo ya sabía, en el colegio, en vez de dar las divisiones, la profe nos inundaba con información sobre Goya. Nos dejaron subir un libro con todas las obras de Goya a la habitación y la repasamos otra vez y en ningún sitio vimos el retrato de aquel señor tan feo, tan bajito y corto de vista así que decidimos darnos un respiro e ir a jugar al patio.

A la mañana siguiente y esta vez sí con mi sonrisa mañanera, al levantarme de la cama fijé mi mirada en el cuadro que había dejado encima de la mesa del escritorio y la casualidad quiso que el libro que había subido de la biblioteca se quedara en la página del retrato del duque de San Carlos. Esta vez no necesité enterrar mi cerebro en la tierra pues enseguida me di cuenta de que ese señor era el mismo pero vestido de otra manera y pintado en posición frontal. Fui derrapando por el pasillo en dirección de la habitación de Dani y Koke para contárselo pero antes de llegar el cartero del reformatorio me dio una carta para mí, la carta era de mi madre y me senté en las escaleras para leerla, me esperaba la peor de las noticias como que mi casa se la había conseguido llevar el banco.

¡Que alivio! La carta no se parecía en absoluto a lo que me temía ya que mi madre me decía que al ir a tapar el agujero traicionero encontró una nota también firmada por Goya y con un sello de los antiguos, parecía verdadera.

¡Ay lo que ponía! Aún me estoy riendo del presidente del museo de Fuendetodos ¡jajaja! ¡En fin! La carta decía que era cierto que lo había pintado él pero también decía que no se lo digáis al duque de San Carlos pues si se entera que le he pintado así, tal y como es de feo, me echara de España.

Así que, sin perder un escaso segundo, ahora sí me dirigí a la habitación de Dani y Koke a contarles todo lo que había pasado.

Ellos también opinaron lo mismo que yo.

¡Aquí viene lo mejor! Y es que por fin nos hizo caso alguien y tuvimos suerte de que ese alguien fuera el Museo de Zaragoza, pues nos recibió muy bien, nos felicitó por nuestra intrépida investigación y nos dio dinero suficiente para que mi familia y yo nos comprásemos una casa nueva, mejor y más espaciosa. Los hermanos no me dejaron escapar sin nada a cambio, pues les tuve que ayudar a limpiarle el bigote a Agustina de Aragón y es que, al fin y al cabo, no aprendieron la lección ya que también reclamaron un kit de bromas para seguir con las suyas...

Bueno ya solo me queda decir una cosa y es que cuando veas el cuadro del Duque de San Carlos te rías en tu cabeza pensando que tu sabes la verdadera historia.

Autora: María Longás

1<sup>er</sup> premio del V Concurso de relato breve del Museo de Zaragoza (2016)

Categoría de 9 a 12 años

